

Biblioteca Científica Popular

SECCION I

Medicina – Higiene – Biología

HIGIENE BIOLOGICA

por el doctor Demetrio F. Salas.

Verdadera guía de la salud y la longevidad, que ha merecido uníversales elogios de profesionales y profanos.

Fundada en los sanos principios de un naturismo razonado y científico, la obra del doctor Salas tiene un interés y mérito reconocido por técnicos y profanos en la materia.

Numerosas ediciones se han hecho en diversos países de este libro; pero entre todas ellas, la más pulcra, cuidada y perfecta, es la de esta Biblioteca.

PRECIO: DOS PESETAS.

SECCION II

Ciencias físico-químicas y sus aplicaciones industriales

QUIMICA DEL MOTOR

(CARBURANTES Y LUBRICANTES)

por E. Sevilla Richart, ingeniero.

Importante obra de rigurosa actualidad, en la que se trata del magno problema de la producción nacional del petróleo y gasolina, haciendo, además, un detenido estudio de todos los carburantes y lubricantes para motores.

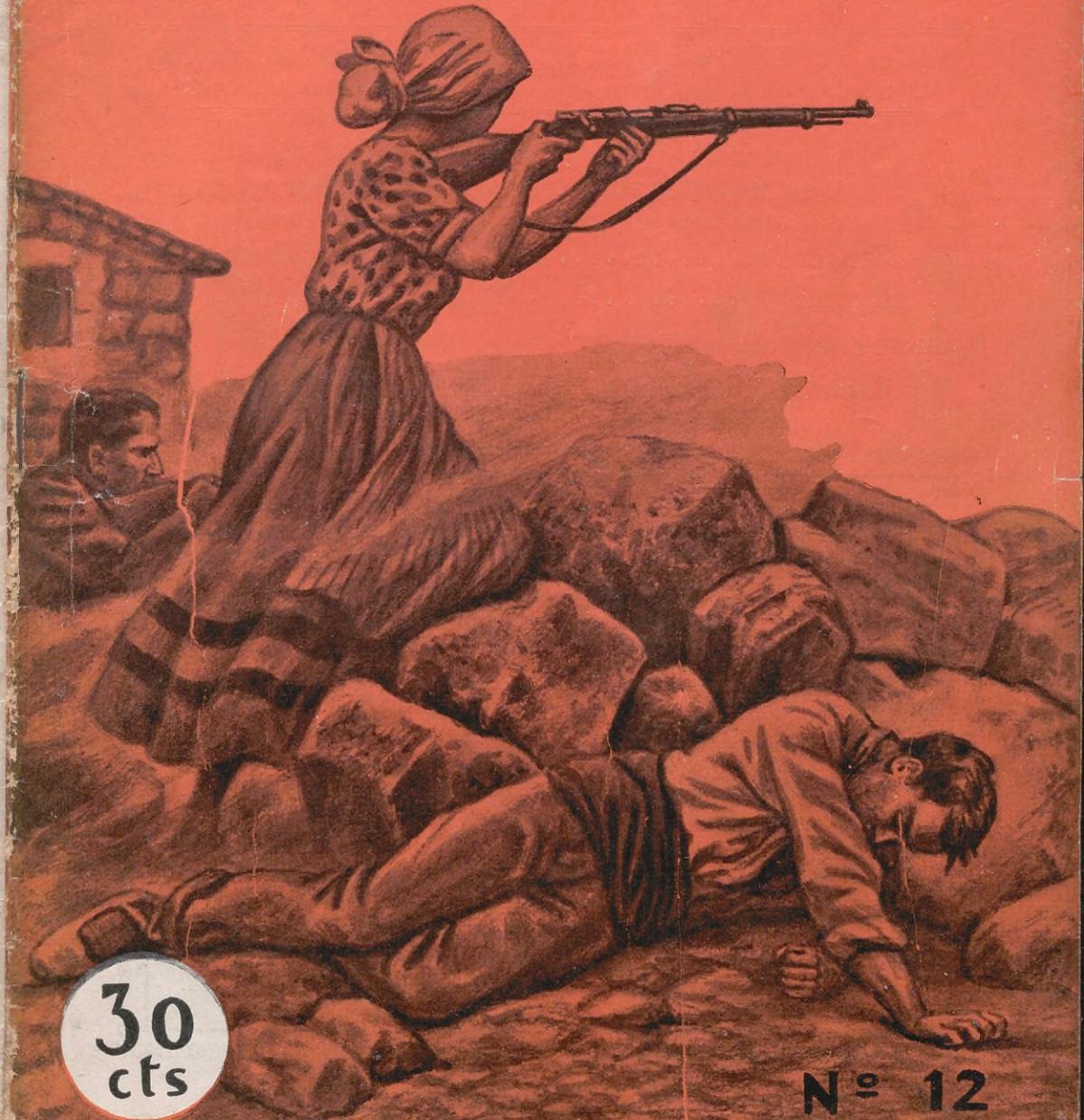
Libro utilísimo y práctico, al alcance de todos.

PRECIO: TRES PESETAS :: De venta en todas las librerías

Editorial Guerri Colectivizada. - Valencia

La SEMANA LITERARIA POPULAR

11809 2181111



30
cts

Nº 12

LA SEMANA LITERARIA POPULAR

II EPOCA
N.º 12

REVISTA ILUSTRADA — — APARECE LOS SÁBADOS
REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
AVENIDA DE JACINTO BENAVENTE, 20. — VALENCIA

29 MAYO
1937

Precios de suscripción

España 3'50 pesetas trimestre.

Extranjero 7'00 pesetas trimestre.

Números sueltos:

España, 30 céntimos. Extranjero, 60 céntimos.

Album del Hogar

Labores y Modas

Suplemento ilustrado trimestral de

La Semana Literaria Popular

* * *

Se ha puesto a la venta el primer número correspondiente al mes de Mayo.

Precio del ejemplar: UNA peseta

Los suscriptores directos de **La Semana Literaria** recibirán este suplemento con el 50% de descuento; es decir, que por cuatro pesetas al trimestre obtendrán ambas publicaciones.



Bicetre

Por

W. Wathson



Más allá de lo que fueron las fortificaciones de París se encuentra el gran hospicio de Bicetre, que alberga a más de 3.000 ancianos y locos. Su nombre es el de un antiguo castillo, construido en el siglo XIII por Juan, obispo de Winchester. En tiempos de Luis XIII se hizo un asilo para los soldados inválidos, hasta que Luis XIV fundó el Hotel de Inválidos. Desde entonces la historia del castillo es muy extensa; allí se encerraron a los mendigos, a los vagabundos y a los locos; algunas veces también a los condenados a muerte y a galeras. Bajo Luis Felipe I, fué prisión. Eran tantos los detenidos que se albergaban allí, que se carecía de espacio y aire. Se llevaban a esta triste casa a todos los infelices que eran recogidos en París con destino a la Luisiana. Bicetre se consideraba como el vertedero de todo lo que molestaba a los señores de París. Los ladrones, los inmundos delinquentes, los monstruos impuros, se sucedían incesantemente en Bicetre. Aquellos a quienes su familia quería

substraer al patíbulo y a la deshonra, eran arrojados a las celdas de Bicetre, y pagaban los unos ciento, los otros quinientas libras de pensión.

A su llegada, eran los presos desnudados y vestidos con una camisa de arpillera; un chaleco cortado del inmundo vestuario de los muertos o de los que habían salido en libertad, rasgado y manchado casi siempre; un sayo, calzones de burriel, suecos y un gorro de lana o de algodón, completaban su indumentaria.

Cuando el preso era enviado por la policía o el tribunal; es decir, cuando no se le detenía por orden del rey, poníasele un vestido especial, compuesto de chupa, pantalones y gorro, mitad blancos y mitad negros.

Los presos en los cuartos podían algunas veces oírse unos a otros; pero sólo podían verse una vez al día por este motivo. A los lados de unos largos corredores corría una línea de cuartos, en los cuales se introducía la comida para los presos por una ventanilla, que sólo se abría

una vez al día. No había más mueble en los cuartos que una cama, o también un paño burdo de quince a veinte libras de peso, que hacía las veces de colchón. No había en ellos una silla, ni una mesa; sólo había una hortera. Todas las mañanas el carcelero y sus dependientes abrían las ventanillas, y al momento sacaban por ellas la cabeza todos los pre-

daba un plato de verdura roídas por los pulgones, o una onza de queso rancio que debía durarles dos días.

Debajo del patio, que era el único paseo de los presos favorecidos, se extendían como dos tubos, divididos en varias partes, dos corredores situados a seis metros de profundidad, a los cuales se bajaba por una escalera oscura y húmeda. En los



ses, saludándose unos a otros, apostrofándose y dirigiéndose las más torpes injurias o los más groseros cumplidos.

Cada preso recibía diariamente quince onzas de pan y se aderezaba en una hortera una sopa con un caldo amarillento e insípido. Se les daba cuatro onzas de carne por semana, durante la cual nada más que se les

corredores había treinta y cuatro calabozos con puertas de encina forradas de hierro, los cuales no recibían más luz que la que se difundía por una abertura practicada en una galería inhabitada, cercada de paredes, e impenetrable a los rayos del sol. Algunas hendiduras abiertas en distintos puntos del piso del patio Real y que los transeúntes pisaban algunas

veces sin imaginar que pudiesen privar con ello a los presos de la poca luz de que disfrutaban, eran lo único que revelaba la existencia de los calabozos subterráneos de Bicetre. Construída con piedra de sillería desde el pavimento hasta el techo, y llena de humedad, parecía aquella mazmorra uno de esos sepulcros de los cuales sólo para enterrar cadáveres se levanta la losa que los cu-

previstos y extraordinarios a que dan lugar las iras del despotismo.

En Bicetre, los presos de los cuartos podían escribir y se les vendían plumas y papel; pero estaba terminantemente prohibido a los vigilantes remitir o encargarse de remitir ellos mismos las cartas. Todas las mañanas pasaba por los corredores un delegado, gritando: "¡Buenos días!", y al oírle, todos los presos



bre. De sus paredes colgaban enormes cadenas de hierro para sujetar y suspender a los presos. Por espacio de dos siglos se inmolaron víctimas humanas en esos subterráneos. Había en ellos calabozos colocados de cuatro en cuatro, uno encima de otro.

Luis XVI mandó suprimir algunos de esos calabozos; pero se conservaron cinco de ellos para los casos im-

que habían escrito, que eran muchos, daban un golpe en la pared de su calabozo, entregaban la carta y un sueldo por recompensa, sin la cual aquélla no se les admitía. Una vez cobrado el sueldo, el delegado se convertía en inspector de policía; llevaba las cartas a la oficina y las leía a sus compañeros, con los cuales discutía acerca de si era o no útil enviar

a su destino tal o cual carta, bastando que ésta encerrase alguna queja o alguna censura acerca del régimen de la cárcel, para relegarla entre los papeles inútiles.

La ley condenaba comúnmente a la pena de cárcel a los criminales que eran destinados a Bicetre; pero no les condenaba por cierto a sufrir castigos mil veces más horribles que la muerte.

El número de presos en Bicetre variaba, según las épocas, de cuatro mil a cuatro mil quinientas personas.

No es posible explicar que Bicetre, además de hospital y cárcel, era un infierno, en que se entraba sin esperanza de salir de él, cuando el preso no era noble para poder alcanzar el perdón, ni rico para comprarlo.

En uno de los patios de Bicetre es donde se hicieron los primeros ensayos con cadáveres, del instrumento de muerte llamado la guillotina.

En lo que principalmente se dis-

tingue hoy Bicetre es en el tratamiento de la enajenación mental. No existen ya los antiguos cuartos, los antiguos calabozos en que el duro suelo veía al infeliz demente exacerbarse de día en día sus males físicos. Tampoco existe la lamentable confusión del loco pacífico y del loco furioso, ni aquél tiene ya que sufrir las extravagancias del último.

Hay un departamento para los locos libres, los cuales pasean juntos, hablan, escriben y trabajan reunidos, y algunos de ellos reciben una instrucción que en su sano juicio no se les habría dado.

Una visita a aquellos lugares basta para convencerse de que, si bien la enajenación mental es incurable en ciertos casos, pueden siempre aminorrarse sus efectos así en la parte física como en la moral del que la padece. Los locos son ya considerados como lo que son: unos enfermos.





LA IMPULSION

—¿No queda nadie?—preguntó el doctor Vilandry a los guardias que, hacía una hora, presentaban delante del médico del Depósito de la Prefectura los individuos detenidos desde la víspera.

—Sí, señor doctor. Queda todavía uno; un extranjero, asesino.

—Traigan al tal extranjero—dijo Vilandry.

Por aquella pequeña habitación del piso bajo, de paredes desnudas, con una ventana enrejada, por la cual entraba cruda la luz del día sobre los individuos que allí llevaban, desfilaban todas las miserias delante del sabio médico alienista, quien, con su aguzado golpe de vista, es-

crutaba las fisonomías, sondeaba los pensamientos, adivinaba las astucias o descubría los engaños. Todas las debilidades, los atavismos, las locuras, las degeneraciones de la humana naturaleza, llegaban allí, delante de la pequeña mesa que, únicamente, le separaba de aquellos seres siniestros o infelices que le presentaban, sujetándoles dos guardias. Y, semejantes a las aves nocturnas, cegados de repente por la luz, delante de la ventana que iluminaba sus rostros pálidos o brutalmente congestionados, aquellos seres detenidos, delincuentes de profesión o criminales por la fuerza de las circunstancias, guiñaban los ojos. bajaban instintiva-

mente los párpados, como deslumbrados por la claridad del día o tras-pasados por la mirada clara del médico, escudriñándoles el alma.

El doctor, sentado, lanzó su mirada sobre el extranjero, a quien los guardias llevaban delante de su mesa. Iba éste elegantemente vestido, de color claro, con un sobretodo de verano, casi color café con leche, encima de una americana "terra cotta", en cuya solapa se destacaba una orquídea malva. La cabeza, descubierta, llevando en la mano su sombrero de fieltro gris. Y esta cabeza, flaca, descolorida, con la frente muy ancha, ligeramente calva en las sienes, con el cabello rubio, muy largo, con los labios rojos—fisonomía de "clergyman" iluminado o de pianista alemán—. Esta cabeza, con ojos de un azul pálido, fijos como ojos de cristal; esta cabeza descarnada sonreía; sonreía con una sonrisa de calma, casi de felicidad, y Vilandry observó en seguida aquel rictus, aquella expresión de satisfacción estereotipada, que contrastaba con las manchas rojas que el hombre tenía en las manos; manos bonitas, aristocráticas y blancas, cuyas uñas ostentaban un arco de sangre, casi fresca, todavía.

El hombre era joven, apenas treinta años, con un no sé qué de cansancio en la cara, los ojos circundados de grandes ojeras y las sienes hundidas.

—¿Qué es lo que ha hecho?—preguntó Vilandry a uno de sus guardias, que respondió:

—Es bien sencillo. Ha asesinado a la joyera del pasaje Choiseul.

—¿Qué joyera?—dijo, sorprendido, el médico—. ¿La que ya quisieron matar el otro día?

—Precisamente, señor doctor.

El doctor, sin replicar, examinó silenciosamente al joven rubio, que no bajaba los párpados ante la cruda luz de la ventana—como todos aquellos buhos o aves de rapiña que habían empujado allí, un momento antes, ante el médico alienista—y que, imperturbable, la actitud correcta, muy cortés, conservaba, acentuando su sonrisa, un aire muy dulce.

Al cabo de un momento el doctor preguntó:

—¿Es verdad lo que dice el guardia? Usted ha...

Pero el joven interrumpió vivamente y con un ligero acento inglés, apenas bastante perceptible para dar una sonoridad original a una palabra lenta y como burlona:

—Sí, señor Vilandry. Es exactamente la verdad..., exactamente...

El doctor estaba bastante sorprendido al oír pronunciar su nombre, y como su mirada, en defecto de su palabra, interrogaba, el hombre respondió, siempre con su acento burlón:

—Sí, señor Vilandry... Tengo el honor de conocerlos... ¡Oh! He leído todo cuanto usted ha escrito, aunque no soy doctor..., simple "dilettanti"... Pero vuestros estudios, magníficos estudios sobre la hypnología, la parálisis, las degeneraciones hereditarias, los conozco... ¡Oh! Perfectamente..., perfectamente.

SOY UN CURIOSO... "SOLAMENTE UN CURIOSO"

El doctor, esta vez, se sentía en presencia de un caso original, de alguna singular individualidad. Estudiaba aquel ser con los dedos man-

chados de sangre, y que hablaba allí con el tono desenfadado del hombre de mundo que encuentra y saluda, en un salón, a un personaje ilustre.

—Soy uno de sus admiradores desconocidos, señor Vilandry..., demasiado ignorante para llamarme uno de sus discípulos...

—¿Es usted inglés?—preguntó el doctor.

—¡Exactamente, querido maestro!

Continuaba con la misma sonrisa, con una ligera expresión de orgullo.

—¿Su nombre?

—Edward John Burnstone.

—¿Ninguna profesión, sin duda?—dijo el doctor.

—¡Ninguna profesión!

Y el joven saludó y añadió:

—¡Ah, sí!... ¡Curioso!

—¡Curioso!

—Sí. Curioso. No sé si esto es un estado; pero es una ocupación... muy pesada...

Eran los ojos azules, los ojos fijos, los ojos claros de Edward John Burnstone los que atraían el examen del doctor. Tenían esa calma siniestra de las aguas durmientes, de las aguas de los lagos que, sin un remolino, en un momento—como sobre un secreto unos labios sensuales—se cierran sobre un cadáver.

El médico había visto frecuentemente esas pupilas frías, con reflejos metálicos o de fosforescentes aguas marinas. Pero había visto pocas tan extrañas, impenetrables, impenetrables, sobre una boca que sonreía fija también en su rictus.

—Sí—repitió el joven de la orquídea malva—. Sí; soy un curioso, solamente un curioso. Y toda mi desgracia viene de ahí... Sí; esto es una desgracia. He aquí la historia... ¿No

le disgusta a usted, doctor, que le diga cómo ha sido ello?

—Al contrario—dijo Vilandry, estudiando siempre su mirada, su inquietante mirada.

—Es que—dijo Edward Burnstone, con la misma calma que si estuviese, en el ángulo de un salón, hablando con un amigo—yo no quisiera hacerle perder a usted su tiempo, que es precioso. Que estas gentes (señalaba con un gesto hecho con la cabeza a los guardianes) sepan que he matado y que delante de los jueces no lo niegue yo, basta y sobra... Pero intento explicar a usted, si es que no abuso de su paciencia, el génesis de mi acción. Usted es el único bastante—¿cómo diría yo?—, superior. Sí; superior, para desligar lo que hay de impulsión estética en mi acto y declarar aquí que hay en él algo de inevitable, de lógico y no de insensato... Perfectamente inevitable... ¿No le aburro a usted, doctor? ¡Nada hay más detestable que el aburrimiento!

—Hable usted—respondió el doctor.

Había hecho signo a uno de los guardianes de que adelantase una silla, y habiéndose sentado en ella el joven, con los codos sobre la mesa delante del doctor, su sombrero de fieltro gris colocado al lado de los papeles donde el médico escribía sus notas, Edward Burnstone, con una dulzura infinita, la voz melodiosa a veces, a veces metálica con sonidos estridentes, se puso a contar su historia, una confesión estupenda, a la que los movimientos de sus manos—de sus manos blancas con las uñas enrojecidas—acompañaban elegantes y lentos...

—Sí—y en seguida, lánguidamente,

repitió sus palabras—: Nada más detestable que el aburrimiento, nada. Y nada más delicioso que la curiosidad. Es la pimienta de la vida. Los picantes hacen pasar la sosería de las carnes blancas. La existencia es un manjar mal condimentado, y yo procuro añadirle un poco de pimienta. Todo aquello que rompe un poco la monotonía de los días y el tictac del reloj, me atrae. Quisiera ver una buena mañana despertar al mundo en plena noche, habiendo presentado el sol su dimisión, como un ministro cansado del poder. No lo veré. La máquina está demasiado bien organizada. Es una lástima. Y en la imposibilidad de vivir—por ejemplo—esta existencia paradógica de un-universo en que el sol se declarase en quiebra, busco la manera de proporcionarme sensaciones que salgan de lo vulgar. ¿No ha leído usted en los periódicos, querido maestro, la historia de aquel joven estudiante en Cambridge que se pagó la fantasía de simular una ejecución militar, en la cual él era el reo? ¿Que se dió la sensación de un simulacro de fusilamiento, con balas auténticas en los fusiles, balas “dum-dum”? Ese estudiante era yo. Los mejores tiradores, escogidos entre los mejores, debían necesariamente hacer pasar las balas a mi lado y yo no tenía más que escuchar sus silbidos. Pero una de ellas podía desviarse, y esta sola idea del peligro corrido me proporcionó una de las emociones más exquisitas de mi vida. ¿Ha leído usted esta historia?

—No—dijo el doctor.

—Tiene poca importancia y ninguna relación con la aventura actual. Ya llego a nuestro asunto. Hace al-

rededor de un mes, doctor, después de haber almorzado en mi club, en Londres, abrí el “Daily Graphic” y encontré, en las notas del día, un dibujo interesante. Representaba el interior de una joyería del pasaje Choiseul, de París, en el estado en que la habían dejado unos malhechores—debían ser varios—llevados allí por la idea de saquear la tienda, y, en caso preciso, de asesinar a la joyera. Esto hecho en pleno día, en pleno París, en plena vida moderna, con guardias de seguridad a pocos pasos de allí. Asombroso. Curioso, muy curioso. Un artículo explicativo acompañaba al croquis del “Daily Graphic”, tomado del natural. Los culpables no habían sido detenidos, y la joyera, una vieja, no había sucumbido a las heridas. Pero yo le estoy contando a usted cosas que sabe tan bien como yo.

¡Una tienda con puertas de cristales!

El asunto del pasaje Choiseul ha debido meter aquí mucho ruido. A mí, en Londres, me interesaba profundamente, me apasionaba, siempre estaba pensando en él. Busqué en los periódicos ingleses y franceses todos los detalles que pudiesen dar sobre el crimen. ¿Qué magnetismo especial me atraía hacia este hecho tan vulgar, tan banal, más que hacia cualquier otro? No lo sé. Pero aquella tienda devastada, aquellos cajones abiertos y registrados, aquellas monedas y aquellas alhajas dispersas—dejadas por los criminales—cerca del cuerpo tendido de la vieja, aquel cuadro de desorden y de crimen no abandonaba mi pensamiento. Lo veía siempre. Materialmente,

ro veía. Pase la noche. Como una placa fotográfica bien preparada, mi cerebro había sido súbitamente impresionado por aquel dibujo que se me había quedado grabado. ¡Hace sus instantáneas el cerebro humano!

Y he aquí, doctor, que en los millares de células de mi cerebro no había sitio más que para este asunto del pasaje Choiseul, y que, a despecho de todas las grandes cuestiones y de todas las absurdas discusiones que dividen el mundo, yo no tenía más pensamiento que éste:

—“¿Cómo han podido poner una tienda en el estado en que me la representa el dibujo de “Daily Graphic” sin que algún transeúnte haya intervenido? ¿Cómo?”

Esta pregunta constituía una obsesión. Estaba hipnotizado, completamente hipnotizado por el croquis del “Graphic”, y este problema, que para mí dominaba todos los otros del momento, se puso ante mí, se me impuso con tal persistencia, que, sin apercibirme de que salía para París, instantáneamente, maquinalmente, por una especie de impulsión que no sabía, con la mejor intención del mundo, explicar a usted, llegaba a Charing-Cross anteayer mañana y pedía en la taquilla de la estación un billete para París.

¡A las diez sabré!

Me parecía que no era yo quien pedía el billete, que era alguien que estaba en mí, un ser que dominaba mi ser, una voluntad que dominaba a la mía, que hablaba, que obraba y ordenaba por mí. Llegué a estar a bordo, y todavía no me había hecho esta pregunta: “¿Por qué es-

tás sobre este barco y por qué vas hoy a París; hoy en vez de otro día cualquiera?”

¡Ah! ¿Por qué? Porque “era preciso”. Usted sabe tan bien como yo el porqué se hacen tales o cuales gestos o se realizan tales o cuales actos sin saber por qué. Porque es preciso. ¿Y por qué preciso? Porque sí; yo se lo aseguro a usted.

La misma noche llegué a París. Me alojé en el boulevard de los Italianos, en el Hotel Nassan. Podía—pues está muy cerca—, ir en seguida a ver la tienda cuyo dibujo publicado por el “Graphic” tenía yo tan presente en mi imaginación. Siempre lo llevo recortado del periódico, en mi cartera. Pero, no; no quise ir a ver de noche la tienda de la joyera, cuyo atentado había sido cometido en pleno día. Quería yo, mejor dicho, “querían” por mí, esperar la hora exacta, precisa, en que el atentado se había cometido. A las diez de la mañana.

—Hasta mañana, a las diez, me dije. ¡A las diez, sabré! Ante mis ojos, en mi cerebro, se me presentaban estas preguntas: “¿Cómo lo hicieron? ¿Cómo los criminales han obrado y desaparecido?” Iba a tener la respuesta a estos dos puntos... Iba a saber, iba a saber... La vida es una sucesión de problemas sin resolver. Saber es el todo.

Y después de haber vagado por el boulevard, que siempre está tan alegre, volví al hotel, releí todavía la noticia que acompañaba al dibujo del “Graphic” y me dormí. Cosa rara en mí. Quedé en seguida dormido. No puedo dormirme más que con el ammonium y con el clorato; pero esta noche dormí admirablemente.

Me levanté bastante temprano y abrí la ventana. París está encantador por las mañanas. Llamé al criado y tomé mi té y mis pastas en mi habitación con la ventana abierta. Experimentaba, querido maestro, una sensación de bienestar extraordinaria. Me decía que iba, al fin, a ver aquel terrible rincón de París que, hacía un mes, ocupaba, atenazaba, en cierto modo, únicamente mi pensamiento. Lo que constituía para mí algo así como una pesadilla, una obsesión, una constante preocupación. El esquema del "Graphic" iba yo a verlo en toda su realidad. Iba a saber cómo se había cometido el crimen, en qué sitio preciso había caído el sangriento cuerpo de la joyera, de qué manera, por la puerta de la trastienda, habían podido huir los miserables, después de haber cometido el crimen. Iba a ver, iba a saber.

Bajé satisfecho, y mirando la hora en los relojes de los comercios del boulevard, esperé a que fuesen diez minutos antes de la hora en que el crimen había sido cometido. Mientras esperaba, entré en una tienda de flores y escogí una orquídea malva. Siento una debilidad por las orquídeas, como M. Chamberlain. Es una flor loca. Siempre llevo una orquídea en la solapa. Después miré la hora. ¡Las diez menos diez! En diez minutos tenía de sobra para ir del boulevard al pasaje Choiseul. Y lentamente—muy contento de experimentar que mi gran pasión, mi única pasión, la curiosidad, iba a ser satisfecha, iba yo donde quería, donde debía—usted me entiende bien, doctor, donde debía ir.

Conocía el pasaje Choiseul, por donde me había paseado otras ve-

ces por la noche durante algún entreacto de alguna opereta de los Bufos; pero creo que nunca lo había atravesado de día. Me pareció triste. ¿Por qué los pasajes de ahora parecen tristes? El hombre moderno siente la necesidad del aire libre y hace galerías cubiertas... Entré y miré a las tiendas. Sabía exactamente dónde se encontraba la de la joyera y la reconocí. Me pareció un lugar familiar.

Es una tienda triste, con un escaparate con los cristales sucios, detrás de los cuales se exhiben, en original promiscuidad, sortijas y monedas antiguas, objetos de plata de ocasión, medallas viejas, brazaletes y pulseras sacados del Monte de Piedad: toda una bisutería deslucida y antigua, por el estilo de la que se expone en algunas tiendas del Straud, "secon haud", de segunda mano, como se dice en mi país. Había también allí viejos billetes de Banco sucios, y en grandes letras de cobre leí sobre los cristales del escaparate estas palabras: "Compra y venta. Cambio de monedas". Una tienda de antigüedades.

¡Vamos, entra!

Precisamente la tendera, una vieja delgaducha, con una cofia de bordados negra sobre sus cabellos grises, estaba de pie detrás de la puerta, vestida de luto y mirando hacia donde yo estaba por encima de sus gafas, que cabalgaban sobre una nariz aguileña. Me pareció ver los cristales de sus gafas como dos redondas pupilas de lechuza posadas en mí.

—¡Vamos, entra!

No sé si estas palabras fueron inconscientemente pronunciadas por mí; pero las oí bien claramente. Si alguien las pronunció a mi alrededor o en mí mismo, no sabría decírselo a usted, doctor. Creo que fué dentro de mí, una especie de antofonía. Volví a oír las mismas palabras, como un mandato:

—¡Vamos, entra!

Y entré. Era preciso. Estaba muy intrigado, muy divertido. Mi curiosidad iba por fin a ser satisfecha. ¡Iba a saber!

Quando entré, después de haber empujado la puerta de cristales, la vieja me miró muy fijamente por encima de los cristales de sus gafas, circundados de aros de concha. Bajó un poco la cabeza y vi una frente huesosa, de color amarillo marfil viejo, con el pelo partido en dos bandos grises por una larga raya, que me hizo pensar inmediatamente en la herida hecha por los criminales, aquellos miserables que todavía no habían sido detenidos.

La vieja, con su mirada recelosa, ansiosa, no sé por qué, miró instintivamente mis manos.

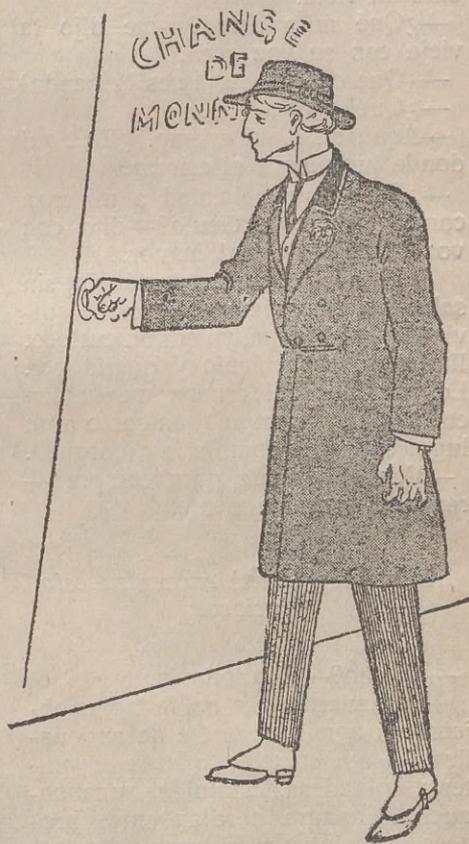
¿He dicho ya que estaba separada de mí por un enrejado que servía como defensa al mostrador donde estaba apoyada, entre dos balanzas que la hacían parecerse, con su delgadez asexual, a cualquier amarilla pesadora de oro de Quentin Matago? Sí. Una reja me separaba de ella, que tenía, por toda abertura, una taquilla por donde la cambiante recibía y contaba sus monedas.

Me dirigió precipitadamente la palabra:

—¿Qué desea usted?

A fe mía que me encontré muy embarazado para responder. Miraba

a la vieja, estudiaba la tienda, tapizada de curiosidades, objetos de arte, relojes colgados, cuadros mugrientos, bibelots dispersos por allí, cuya disparatada mezcolanza me divertía. Los objetos de oro brillante, las aristas de los viejos marcos en-



polvados reflejaban la luz de fuera; pero la tienda estaba oscura, y al fondo veía a medio abrir la pequeña puerta de escape, por la cual, sin duda, los asesinos se habían fugado.

No tuve necesidad de estudiar el plano del trágico lugar. Conocía bien

todos sus rincones, pues tenía grabado en mi cerebro el plano del "Graphic"... Sabía que la tienda tenía dos salidas: por delante, el pasaje Choiseul, cuya puerta acababa yo de franquear; por detrás, a la calle Dalayrac, que era la que tenía ante mi vista.

—¿Qué mira usted?—me dijo la vieja con su voz seca.

—¿Que qué miro? ¡Pues la tienda!

—¿Qué?—dijo ella.

—Aquí, sí. Aquí mismo. ¿Es aquí donde tuvo lugar el crimen?

—¿Es que viene usted a mi casa como a un espectáculo?—dijo con voz breve y de mal humor.

Al oír la palabra espectáculo, sin saber por qué, me sonreí. Había adivinado la vieja que yo era un curioso. Iba a un espectáculo y quería ver. Los detalles del crimen me hacían entrar allí, me empujaban como a un lugar siniestro, como a la "inorgue".

—Vengo también para comprar—respondí maquinalmente.

¡Ah! ¡Ah! ¿Usted encuentra esto gracioso?

—¿Cómo?—dijo todavía.

Verdaderamente no faltaban objetos en aquel tenderete de anticuallas. Vi allí estuches, piezas de platería holandesa, estatuillas, una pequeña Tanagra perdida entre broches sin valor y miniaturas ridículas; pero ninguna de aquellas cosas me interesaba y volví a plantarme delante del enrejado, buscando aún los ojos inquietos de la joyera, y soltándole una tras otra preguntas que la hicieron estremecer y hacer gestos:

—¿Tuvo usted miedo cuando la golpearon? ¿Eran dos? ¿Cómo es

que todavía no se les ha podido encontrar? ¿Este dibujo del "Daily Graphic" es exacto?

Y mientras hablaba, saqué de mi cartera el pedazo de periódico del que había recortado cuidadosamente el croquis hecho del natural. Se lo mostré por la taquilla a la vieja.

Estaba muy pálida, como exangüe. Me pareció que sus hundidas mejillas se volvieron más pálidas todavía. Su boca se contrajo, y rechazando con sus secos dedos el recorte donde se encontraba el dibujo que había yo tantas veces mirado, estudiado:

—¡No quiero ver eso! ¡Quite usted! ¡Quite usted!

Lo dijo con un gesto tan precipitado, que me eché a reír.

Entonces añadió con tono agresivo:

—¡Ah! ¡Ah! ¿Usted encuentra esto gracioso?

No. Yo no lo encontraba gracioso; lo encontraba curioso.

—¡Hubiera querido verle en mi lugar!

—Yo también—dije fríamente.

Las gafas se adelantaron hacia mí, y detrás de sus cristales los ojos de la vieja me miraron fijamente, queriendo adivinar lo que yo pensaba, lo que aquel "yo también" quería decir. ¡Oh! ¡Bien podían examinar, escrutar mis pupilas, aquellas gafas circundadas de concha! Los ojos eran incapaces de descifrar mi pensamiento, extraño, repentino, impulsivo. Ella me espantaba; me espantaba y me atraía al mismo tiempo. Me parecía curiosa. Sí; curiosa. Es la palabra.

Y miré maquinalmente el pasaje a través de los cristales de la puerta. Precisamente en aquel momento

no pasaba nadie. En frente, las demás tiendas parecían cerradas. Se sentía aplanante una especie de misterioso silencio. Entonces—escúcheme usted bien, doctor—, entonces este alguien que hay en mí, que está en mí, puesto que le oigo cuando me habla—ese mismo alguien que hacía un momento me había dicho: “¡Entra!”—, se puso a murmurarme pensamientos muy curiosos:

—¡Verdaderamente, que un crimen pueda haberse cometido así, en pleno día, sin despertar la atención de los vecinos, sin haber podido ser todavía castigado, es muy singular! Y el ser que ha cometido este crimen, ¡cómo debe reírse de la policía y la magistratura, encargados de detenerle y que todavía no han podido ponerse en su camino! ¡Ah! ¡Qué ironía superior, refinada! Poder pasearse entre la multitud, diciéndose que se está intrépidamente burlando de su administración, de sus leyes, de todo ese orden exterior, que es la apariencia del orden absoluto y de la justicia. ¡Y saber cómo, después de haber cometido un crimen, se puede ir y venir, emprender su existencia ordinaria, respirar a sus anchas, vivir!... ¡Y por qué milagro de destreza terminar este acto que tan hábilmente han podido cumplir los asesinos de la vieja, sin estar todavía encarcelados y delante de los jueces!...

—Eso debe ser—añadía mi interlocutor interno (no puedo, querido maestro, darle otro nombre)—. Sí. ¡Eso debe ser una sensación intensa en su impunidad! ¿Y cómo los malhechores han podido llegar a experimentar tan libremente?

Pregunta formidable, pregunta interesante para un curioso.

¡Vamos, cuente! Soy un curioso.

Además, en aquel mismo momento, mi mirada tropezó con un puñalito cincelado, muy elegante, que la cambiante tenía allí, colocado entre los bibelots de ocasión, y cuya empuñadura, un poco saliente de su vaina de plata, representaba una cabeza de Gorgane.

—No es un Cellini—dije sonriendo—; pero es muy bonito.

Y al coger el puñal, cuyo puño había asido maquinalmente, la vaina cayó. Puede encontrarla usted allí, en la tienda, bajo el mostrador.

El gesto que yo acababa de hacer había visiblemente dejado estupefacta, y un poco asustada, a la vieja. Vi sus pupilas agrandarse tras los cristales de sus gafas. Me asombra, sea dicho entre nosotros, que después de su primera aventura, dejase los puñales, aunque fuesen obras de arte, al alcance de la mano de sus clientes. Soberana imprudencia. Pero se dice que lo que ha sucedido una vez no vuelve a suceder, y se toma, generalmente, a una primera desgracia, como la inmunidad para otras. En lo cual se engaña uno. La vieja dijo vivamente:

—Ese puñal no es caro, si usted se lo quiere llevar; pero, ¡tenga cuidado, no vaya a herirse!

¿Por qué me hacía esta advertencia? Era evidente que, a pesar de la agudez de la hoja, no me heriría; pero comprendí perfectamente, adiviné, que hablando de mí era a ella a quien se refería. La vista del arma le atacaba los nervios. Decía: “¡Tenga usted cuidado, no vaya a herirse!” Y pensaba: “¡Sobre todo no me hiera a mí!”. Y entonces me eché a reír. O, mejor dicho, el que

hablaba dentro de mí, se echó a reír. Oí aquella risa. Noté que era estridente. Sabía que era yo quien reía. Y no obstante, no hubiese querido reír, no tenía ninguna gana de reír. Al contrario: comenzaba a estar espantado, como la vieja, del brillo singular del arma que tenía entre mis manos. Su acero tenía el brillo de una mirada.

—¡Ah!—dije riendo insensatamente—. ¿Es que tiene usted miedo a este puñal?

—No—dijo ella—; pero después de...

No terminó la frase y me acerqué, repitiendo en tono de pregunta:

—¿Después de qué...?

Sentía una violenta necesidad de que hablase, de que me contase cómo habían obrado los asesinos. Iba a saber. Iba a conocer aquel crimen que tan poderosamente me había cautivado, apasionado; lo iba a conocer con todos sus detalles, contado por la propia víctima.

—¿Después de qué?... ¿Después de qué?... ¡Vamos, cuente!... Se lo ruego. ¡Soy un curioso!

Pero ella, que con un gesto de miedo y de disgusto, se quitó los lentes, los puso sobre el mostrador, y dijo:

—¡No! Quiero olvidar.

Estaba sentada detrás del enrejado que rodeaba al mostrador y que se abría por un lado, dejando un estrecho espacio entre la pared y el mismo mostrador, donde estaba colocada la butaca en la que se sentaba la joyera. Me acerqué todavía, repitiendo con una insistencia involuntaria:

—¿Después de qué? ¿Después de qué?

Y en aquel momento, violenta-

mente, me sacudió un deseo de curiosidad mórbida. Quería, quería absolutamente saber cómo se había desarrollado el drama, repetir la escena, vivirla, oírse la contar a la vieja que, a mis repetidas preguntas: “¿Después de qué? ¿Después de qué?”, se ponía livida y reculaba, como si me tuviese miedo.

¡Señora, no; no grite usted!

Me gustaba la idea de que yo le daba miedo. Me parecía interesante ver aquel terror que yo le inspiraba y que debía ser el mismo que experimentó cuando los bandidos la habían golpeado allí mismo, en el cuello—e insintivamente se llevaba las manos al sitio mismo, apenas cicatrizado, donde los criminales la habían herido—. Había hecho, ante sus amenazas, aquel mismo movimiento de espanto, que repetía por instinto. Era aquella la misma actitud miedosa que había tomado.

Y mirando una vez más al pasaje observé que no había nadie.

Pero, cosa extraña: esta rápida mirada al pasaje desierto, la notó la vieja y la descifró magnéticamente. Leyó, como en un libro abierto, lo que yo pensaba y se dirigió hacia la puerta del enrejado y comprendí lo que iba a hacer: iba a llamar, a gritar. Tenía miedo. En el curioso que reconstituía sencillamente una escena de asesinato, veía de repente surgir un nuevo asesino. Iba a escapar, y yo, sin siquiera reflexionar lo que hacía, empujé la puerta del enrejado, y poniendo mi mano izquierda sobre la boca de la joyera le dije:

—¡Señora, no; no grite usted!

Y veía sus toscos ojos agrandarse hasta casi salir de sus órbitas, como dos bolas blancas que me miraban con indecible espanto. De repente sentí en la palma de la mano un dolor atroz. La vieja me mordía para hacerme dejar mi presa; debió morder así a su primer asesino. Cuando se le encuentre, que le miren la mano izquierda. Allí se encontrará la prueba.

Pero este dolor me hizo reír. Me daba bien distintamente cuenta de lo que había debido pasar. Evidentemente, fué así, así mismo, como debió defenderse del criminal cuando levantaba el cuchillo para hierla allí...

¡Allí!

Y yo veía, en el lado izquierdo del cuello, la cicatriz del golpe mal dado. ¡Allí! Y mi mano derecha estaba levantada ¡Allí! Y el pequeño puñal que yo tenía en la mano bajaba rápidamente hacia la vieja y se hundía en aquel cuello flaco, que se hinchaba de terror y de cólera...

Hasta que vi la sangre no me di cuenta de que había herido. La hoja de acero había entrado en una blanda vaina de carne. No había calculado, ni reflexionado; pero el puñal había entrado precisamente por el mismo sitio de la anterior herida. Y cuando vi la sangre, me dije:

—¿Es así como se llega a ser eso tan espantoso: un asesino?

Y tiré el arma enrojecida, mientras la vieja caía entre el mostrador y la pared.

La miré caer sin darme cuenta de lo que había hecho. No se movía. Desvanecida o muerta; no lo sabía. Entonces fuí yo quien iba a gritar. Era preciso socorrer a aquella mujer. ¡Había un asesino en aquella tienda!

¿Un asesino? Sí. Y yo no experimentaba bien la sensación de que aquel criminal era yo.

¡Pero, sin embargo, lo era!

¿Quién? ¿Yo?

Yo.

Había herido; quizá matado. El pasaje continuaba mudo. En aquel momento vi una pareja, un señor y una señora, que se pararon delante de la tienda, a mirar en el escaparate, los viejos relojes, las medallas antiguas, los brazaletes usados, las monedas romanas. Seguramente debieron verme. Mis ojos, a través de los cristales, tropezaron con los de ellos. No adivinaron nada. Yo conservaba mi sombrero gris sobre mi cabeza y mi orquídea en el ojal. Todo había sucedido muy aprisa, casi sin lucha.

El señor y la señora—una rubia, bonita, muy joven—se pusieron a reír, sin duda, por alguna tontería que él le dijo a ella y se marcharon.

Entonces me dije, o, mejor, se dijo ese que hay dentro de mí:

—¡Ahora ya lo has visto! Así es como se mata. ¡Es preciso escapar!

¿Escapar?

Naturalmente. El crimen no era más que la primera parte del drama. La que el "Daily Graphic" había descrito. Pero la segunda, la huida, era también muy interesante. ¡Volver criminal al hotel de donde yo había salido como casi policía! ¡Colosal paradoja, que, con un poco de sangre fría, podía poner en práctica!

¡Pobre mujer!

Era preciso escapar. Sin darme mucha prisa me dirigí a la puerta del fondo de la tienda, que da a la

calle Dalayrac. Estaba cerrada. En aquel momento tuve una extraña sensación, un miedo especial de no haber reconstituido hasta el final la escena del crimen, de ser arrestado antes de poderme pasear libremente. de no saber lo que piensa un ser humano después de haber suprimido a otro. Pero, colgada de un clavo, muy a la vista, la llave estaba allí. La cogí y abrí la puerta sin precipitación. En dos pasos me encontré en la calle y cerré detrás de mí.

Experimenté, al encontrarme en la calle Dalayrac, una extraordinaria sensación de bienestar. Hacía muy buen tiempo, y sin apresurarme pasé por la calle Mousigny, y hasta me paré a leer el cartel de los Bufos.

Y como si no hubiera jamás existido la joyera del pasaje Choiseul, sin pensar más en ella, llegué al boulevard y entré en el hotel de Nassau.

Al llegar al hotel y tomar del cuarto del portero la llave de mi habitación, colgada del tablero, número catorce, me apercibí de que tenía las manos manchadas, las uñas circundadas de rojo, como las gafas de la vieja lo estaban de concha.

—Es preciso lavar esta sangre— me dije.

Subí. Pensaba que mi maleta de viaje podía estar rápidamente hecha, y que tomando el próximo tren podía dormir en Londres por la noche. ¿Quién iba a sospechar que el número catorce del Hotel Nassau, Edward John Burnstone, era el asesino de la vieja del pasaje? Seguramente encontraría el croquis de la sangrienta tienda en uno de los próximos números del "Daily Graphic" y podría hablar en el Club de la manera cómo

está organizada la policía de los dos lados del estrecho.

Pero en el momento en que me acercaba al lavabo a lavarme las manos, se me ocurrió la idea de que causaría extrañeza el encontrar allí aquella agua enrojecida y que era preciso hacerme una herida cualquiera o sangrar por la nariz para justificarme ante el criado.

Y ante este ridículo pensamiento de una hemorragia nasal, me eché a reír estrepitosamente. ¡Una hemorragia nasal! ¡Una epistaxis para explicar un crimen! ¡Lady Macbeth sangrando por las narices! Era un modo de ridiculizar a Shakespeare.

—No—me dije—, no. ¡No quiero ser tan prodigiosamente cómico!

Y en lugar de despistar a la policía, he aquí que repentinamente me vino la idea; mejor dicho, "le" vino a mi yo "interno", de asombrar, de dejar estupefacta a esa misma policía. Cogí mi sombrero y me fuí a casa del comisario, cuya dirección me indicó el criado.

¡Pobre criado! ¡Qué cara puso cuando a su pregunta: "¿Es que le han robado algo al señor?", contesté: "Nada absolutamente; pero es que acabo de matar a alguien."

Y el comisario qué gestos hizo cuando le dije, dándole mi tarjeta:

—¡Este Edward Burnstone que tiene usted delante ha asesinado, en el pasaje Choiseul, a una vieja, cuyo cuerpo encontrará usted detrás del mostrador! Es la joyera.

Lanzó un grito de satisfacción, pues creía haber encontrado uno de los asesinos tan buscados después del primer atentado. "En fin!—me dijo—. ¡Va usted a nombrar a sus cómplices!" Tuve que desengañar al

pobre comisario. "Soy sólo un aficionado, un curioso..."

—Un impulsivo— interrumpió el doctor Vilandry, que había estudiado al joven inglés durante todo su relato.

—¡Un impulsivo!

Repitió el hombre de la orquídea, y añadió, siempre riendo:

—¡Ahora van a juzgarme! Esto interesará a mi "yo", el aburrido, buscador de sensaciones, el curioso... ¡Conozco Old Bailey; pero jamás he visto los tribunales de París! ¡Nunca!

—¿Qué hay?—preguntó Vilandry, viendo entrar bruscamente en la habitación a un guardia, que le entregaba un papel azul, un telegrama.

El médico lo desdobló.

—¡Se trata de usted!...—dijo, después de haber leído—. ¡Un telegrama de Londres!

Y Edward Burnstone se puso pálido y perdió su eterna sonrisa al oír este nombre:

—¡Es de mi amigo, el doctor Lims!

—¡Ah! ¡El doctor Lims!—exclamó el inglés, en cuya fisonomía se pintó el mayor espanto.

De repente encogió la nuca entre sus hombros, como bajo la sensación de una ducha helada, poniéndose a temblar todo su cuerpo.

—¡El juicio, el juicio; sí!—dijo balbuciendo—. ¡Los jueces, los jueces; pero Richmond, no! ¡No, no! ¡El doctor Lims, jamás! La cárcel...

El doctor Vilandry leía en voz baja:

"Richmond: Avise policía francesa haberse escapado un loco peligroso, Edward Burnstone, de mi establecimiento, en complicidad con un guardián, y partido para París anteayer. Locura homicida. Velad.—*Doctor W. Lims.*"

Vilandry ya había notado los signos de degeneración del débil elegante, a quien había escuchado, interesado profundamente por aquel caso especial. El diagnóstico no era dudoso, aun sin el telegrama del gran alienista inglés.

Al cabo de un momento, dominado ahora por la mirada del doctor Vilandry, el hombre de la orquídea preguntó en voz doliente:

—¿Y la joyera, querido maestro, la vieja?

—Muerta—dijo Vilandry.

El loco exclamó:

—"¡Estará" contento el curioso! Los primeros, torpes, no supieron. Esta vez ya está..."

Después, exasperando a los guardias, que le creían hipócrita, añadió, dejando caer con tono contristado, del que el doctor estaba convencido, estas dos palabras:

—¡Pobre mujer!

JULES CLARETIE

(De la Academia Francesa.)





versos del momento

Erased un nido...

Aunque de humildes obreros,
era un nido la morada;
limpia, como ascua de oro,
llena de alegría sana.
La mano de una mujer,
cuidadosa, joven, guapa,
se echaba de ver al punto
de su aliño haciendo gala,
en el ajuar primoroso
(que nuevo se conservaba)
y en aquel orden perfecto
en derredor de la casa.

¡Y eso que ya no era el nido
paraíso de dos almas!

.....
¿Vendrán también por los aires,
batiendo sus negras alas,
los pájaros de la muerte
con su carga de metralla?
Y la madre de esos dos
pichones de sus entrañas,
sobrecogida de espanto,
los contempla y los abraza,
como si fuera a segarlos
de la Muerte la guadaña,
pues que, fascista, la Muerte
dejó ya de ser humana.

El padre no está en el nido:
está luchando en la Alcarria.

Con luceros en el cielo
despierta, al romper el alba,
(centinela de sus hijos)
la madre, sobresaltada.
A saber de dónde viene
esa voz grata, muy grata,
que acaricia dulcemente
y por su nombre la llama,
penetrando en su interior
(lugar donde toda alarma
llena el inmenso vacío
del hombre a quien tanto ama.)

En el nido, los pichones,
aun no despliegan sus alas.

.....
¿Que es un peligro la calle,
una zozobra la casa
y un riesgo todo lugar?
¡Ya lo sabe la cuitada!
Paloma despavorida,
del nido se aleja rauda
para traer a los hijos
la comida que les falta.
Cae sobre ellos la Muerte,
alentada por la infamia;
y cuando vuelve la madre
¡ya no hay hijos, ya no hay casa!!

Tal vez la voz matutina
presagiase esta desgracia.

J. M. PUYOL

España tiene posesiones en el Cielo

España no poseía nada en el Cielo, a pesar de que la bóveda estrellada se nos ofrece siempre limpia a nuestras miradas.

Inglaterra tiene el planeta Urano, que es un mundo sesenta y tres veces más grande que el nuestro, y el cometa Halley. El planeta ha sido disputado por los del país de Hanover, patria de Herschel, el descubridor. Francia posee el planeta Neptuno, que es setenta y ocho veces mayor que la Tierra; el cometa Faye y otros astros. La posesión de Neptuno le ha sido disputada por sus vecinos los ingleses.

Los Estados Unidos poseen mucho, porque sus instrumentos ópticos de gran alcance y luminosidad, y sus numerosos y perfectos aparatos les han proporcionado grandes conquistas celestes. Poseen las lunas de Marte, otras en Júpiter, cometas, soles, nebulosas y pequeños planetas. Alemania, Rusia, Italia y otros países tienen grandes posesiones en el Cielo.

Sin embargo, España, con tan buen frente celeste, sin montañas de nubes que impidan escalar el Cielo, ha contemplado más de un siglo el espectáculo de ver tomar posesión de mundos y cuerpos de las regiones sidéreas a los súbditos de las naciones más cultas de la Tierra.

Y en estas conquistas de las in-

teligencias más privilegiadas se ha puesto una vez más en evidencia la verdad de que los pueblos que gozan de hegemonía sobre los demás la gozan en todos los órdenes de las actividades humanas.

Cuando España se lanzó a la conquista y colonización de América adquirió su máximo esplendor en las letras y en las artes. Entonces fué también cuando hizo sus conquistas en el Cielo. Américo Vesputio, Vicente Pinzón, Pigoffeta y otros, describieron admirablemente el hemisferio austral celeste. La expedición de Magallanes descubrió bellezas siderales en el mismo hemisferio, y a pesar de que el italiano Anghiera había dado a conocer las dos grandes nebulosas de aquel cielo, la ciencia las conoce con el nombre de nubes de Magallanes.

Estas dos inmensas nubes de soles, cúmulos estelares y masas celestes de todo género, nos las han disputado los portugueses, sin tener en cuenta que la expedición magallánica era costeada por España; nos las disputan también los italianos. Nosotros no podemos hacer uso de ese espléndido enjambre de soles y mundos sin litigio con nuestros vecinos. Además..., ¡están tan lejos! Si quisiéramos trasladarnos allí en zeppelin, que sondease el espacio a mil kilómetros por minuto, tardaríamos

mil ochocientos millones de años. El viaje, pues, no nos conviene. Podemos decir, como la zorra de la fábula: "No están maduras".

Estábamos, como vemos, sin tierras en el Cielo. A los Gobiernos jamás les preocupó adquirirlas para el caso de una probable emigración a las regiones celestes si nuestro planeta se viera en peligro, o para el caso de concertar Tratados de comercio el día en que se establezca la comunicación con los habitantes de otros mundos.

Nos convenían unas posesiones cercanas. La Luna, Marte, Venus, Mercurio, Júpiter y Saturno son del dominio de los países orientales, que los conquistaron en las primeras etapas de la civilización.

Queda muy poca cosa en el sistema solar de qué adueñarse. Y lo que hay está escondido.

No obstante, desde hace pocos años somos poseedores de un cometa que nos visita cada ocho años y medio, de otro que no volverá nunca más, y de diez planetas cuya superficie total es igual a la de la mitad de España.

Esta conquista de la alta inteligencia del hombre se debe a uno de los astrónomos de fama mundial: al astrónomo español José Comas Solá.

Estos planetas están registrados en todos los catálogos de cuerpos celestes. Al primero que descubrió le puso el nombre de Hispania; al segundo, Alphonsina; al tercero, Barcelona; al cuarto, Amelia, y así hasta diez. Además, ha encontrado otros que se consideraban perdidos.

El cometa periódico fué descubierto en 1926. Sometido al cálculo, y reconocido por todos como astro

de la exclusiva del descubridor, lleva el nombre del famoso astrónomo. No es visible a simple vista, aun en las condiciones más favorables de observación, y en esta dificultad existe el mérito del descubrimiento. Un gran cometa puede observarlo cualquier profano, como ocurrió con el gran cometa de 1910, que lo descubrieron en pleno día unos niños que jugaban en una plaza de Johannesburgo. El esfuerzo necesario para descubrir los grandes cometas meses antes de ser visibles a simple vista es el mismo que para los pequeños. Ello depende de la suerte de "capturar" un cometa espectacular en las regiones donde el astrónomo experto y laborioso espera el paso probable de un astro melenudo de desconocida filiación.

Hasta hace años sólo los astrónomos de todos los pueblos cultos habían descubierto cometas. Nosotros, disfrutando de cielo espléndido, no habíamos capturado a ninguno. Ahora ya podemos decir que surca el espacio un cometa periódico español, y de corto período.

Este astro singular suele colocarse, cuando se halla a su máxima distancia del Sol, a 985 millones de kilómetros de este astro. Cuando pasa a la mínima distancia del astro diurno; es decir, cuando pasa por el perihelio, se halla a 265 millones de kilómetros del Sol. La órbita que recorre mide 3.565 millones de kilómetros. Como se ve, es un astro que viene desde más allá de la órbita de Júpiter y da la vuelta al Sol a una distancia superior a la que se halla Marte.

PIGMALION



NOSTRE TEATRE

“¡OMNIBUS!”

Nos une con el autor de “¡Omnibus!” una antigua y cordial amistad. Tenemos, por consiguiente, al consignar el juicio crítico que la última obra de Luis Fernández nos merece, que expresarnos con toda la sinceridad a que dicha amistad nos obliga. Sirvan estas líneas, a modo de preámbulo, de justificación a nuestra labor, en la que no podemos ni queremos reflejar la más leve sombra de lisonja, que siempre nos parece perjudicial, ni la censura acre y rígida—de tamiz estrecho—que en este caso consideramos excesiva.

“¡Omnibus!” es, sencillamente, una obra teatral, como muchas otras que se han escrito, que no tiene más trascendencia ni finalidad que la de hacer pasar al público un rato agradable, y el autor ha logrado plenamente su objeto. Farsa cómica, la denomina con gran acierto, puesto que la farsa admite todas las situaciones, por arbitrarias que parezcan.

Y en este plano de lo caprichoso y de lo irreal, sitúa Luis Fernández la acción de su obra, cuya trama se desarrolla al margen de toda lógica y, en ocasiones, invadiendo el terreno de la chabacanería y el mal gusto. Ello se aparta algo de las características de este autor, que, a nuestro juicio, no necesita recurrir a tales procedimientos, para fustigar esa villana labor de zapa que, jesuitas y jesuitoides, han realizado en los hogares de las gentes favorecidas por la fortuna, con la piadosa y sana intención de arramblar luego “con el santo y la limosna”.

Y este es el asunto. Las tenebrosas maquinaciones del padre Honorato para conseguir *honradamente* que el capital de una familia católica pase a poder de la Iglesia, descubiertas y malogradas por Amadeo, un sinvergüenza de tomo y lomo que se convierte en obispo de Calahorra, mediante un traje de guardarropía que conserva de sus actuaciones teatrales. Y este obispo que, como decimos, es de guardarropía, usa en su léxico la palabra “¡ómnibus!”.

mezclándola hábilmente con vocablos latinos, lo que da origen a escenas de indudable comicidad, que el público celebra y ríe con entusiasmo.

La interpretación acertadísima. De ellas se destacan, Pilar Martí, Carmen Nieto, Palmira Castaño y Margarita Pinther. De los hombres sobresalen: Chuliá, Balaguer, Cruz, Albiñana y Ortega, que hizo un Pío graciosísimo y ajustado a la realidad.

Vicente Mauri—los últimos serán los primeros—acertó plenamente en la interpretación del falso obispo de Calahorra, sacando todo el partido posible de las situaciones cómicas que se presentan durante el transcurso de su feliz actuación.

La escena un tanto deficiente.

ESLAVA

HAY QUE VIVIR

La notable compañía que responsabiliza Paco Pierrá, ha repuesto en el cartel de Eslava la comedia en tres actos, escrita "sobre el pensamiento de una obra americana", por Luis de Olive, "Hay que vivir".

A pesar de que esta reposición ha revestido caracteres de estreno, no vamos a hacer aquí una crítica detallada de la linda comedia de Luis de Olive, que oportunamente realizarían quienes en la época de su estreno llevasen a cabo tal cometido. Haremos constar, no obstante, que "Hay que vivir", admirablemente interpretada por la compañía de Eslava, cautiva al auditorio desde las primeras escenas, manteniendo el interés de la acción durante los tres actos de que consta la obra.

Amparito Martí realiza en ella una de sus portentosas creaciones, haciendo de la figura de Olivia Copperfield un mosaico de gracia, realismo, ingenuidad y simpatía, de imposible superación.

Paco Pierrá encarna el Jack Crane con admirable justeza, siendo el hombre de correcta desenvoltura que debe caracterizar a este personaje.

Muy acertado y gracioso—como siempre—José Morcillo, y ajustadísimos todos, formando un conjunto digno de encomio.

La escena con una gran realidad. Aquella cocina del acto segundo es algo de maravilla.

MANELICH



VENGANZA!

por

Mario d'Andona
(Francisco Arimón)

(Continuación.)

Capítulo XLVIII

EL RAPTO

La correspondencia que casi diariamente se cruzaba entre Rafael y Leonor no llegaba nunca a su poder directamente. Antes de ir a sus manos, el recadero encargado de llevarla hacía entrega de ella a Juan o a Fernando, que la leían. Así, los proyectos de ambos jóvenes eran conocidos perfectamente por los dos desalmados. Como es natural, supieron perfectamente que las entrevistas las celebraban los novios en casa del director de la cárcel.

El nombre de Leonor constituía para aquellos miserables un motivo de preocupación.

—Es indispensable que conjuremos este peligro—dijo Juan, refiriéndose a la posibilidad de que Carmina se entrevistase con ella—. Yo no viviré tranquilo mientras exista esa mujer.

Fernando, justo es decirlo, no perdonó a su padre el crimen cometido en la persona de don Luis.

—Ahora lo que hay que hacer—dijo el viejo—es apoderarnos de Leonor.

—¿De ella? ¿Para qué?

—Porque le temo. Ella es la única que puede dar al traste con el edificio levantado a costa de tantos trabajos.

—Además de que no veo la necesidad, eso constituiría un nuevo peligro para nosotros—objetó Fernando.

—No. Suponte que la hacemos desaparecer de la noche a la mañana. ¿Quién sospechará de nosotros?

—Rafael Urbina.

—Con ese no hay que contar.

—Todavía no está condenado, padre.

—Peor para él. Ya sabes lo que pienso hacer en caso de que saliese absuelto. Puestas así las cosas, Arturito pasaría por hijo de Carmina.

—¿Y qué?

—Que nada de eso puede hacerse, estando Leonor en libertad. Sin que nosotros pudiéramos oponernos, llegaría un momento en que Rafael y Carmina llegarían a verse...

—Eso sería el fracaso de nuestro plan.

—Justamente y celebro que así lo comprendas. Ahora, tú dirás lo que nos conviene.

—No sé.

—La elección no es dudosa. O ellos o nosotros.

El asunto quedó, de momento, así planteado. La víspera del día en que Rafael Urbina debía presentarse ante el tribunal que había de juzgarle, Leonor, aislada de todos, contaba en su casa las horas de aquella noche interminable.

De pronto oyó que llamaban a la puerta con dos fuertes golpes.

Abrió el balcón, y asomándose a él distinguió la figura de un hombre frente a la entrada.

—¿Qué desea?—preguntó.

—¿La señorita Leonor Riaño?—preguntó a su vez el hombre.

—Aquí es. ¿Qué es lo que quiere?

—Una carta para ella.

Rápida bajó a abrir. En la puerta se encontró a un hombre cubierto con un recio capote, que le ocultaba el rostro y que se cubría con una gorra como las que usaban los empleados de la cárcel.

—¿Qué pasa?—preguntó.

—No sé, señorita. Esta carta.

Se la entregó a Leonor, y con paso precipitado perdióse en la obscuridad de la calle.

Un temblor nervioso impedía a Leonor abrir aquella carta. La idea de que pudiese haberle ocurrido algo a Rafael, la martirizaraba.

Al fin logró abrirla, y apenas pasó la vista por las líneas que había escritas en ella, quedó como petrificada por el espanto.

Era letra del hombre a quien adoraba, y decía así:

“Leonor: Un incidente que ya te explicaré de palabra, me obliga a llamarte. Estoy herido en casa del director. Te espero.

Rafael”.

No dudó; no vaciló un momento. Apoderóse de un mantón, y sin preocuparse de coger un paraguas, ya que la lluvia azotaba fuera, salió a la calle.

Se orientó por instinto en la obscuridad. Para llegar a las primeras casas de la población, tenía que subir una gran pendiente que acortaba el camino.

Al terminar de escalar aquella cuesta, se detuvo, fatigada. En aquel momento, una sospecha hirió su mente.

—¿Y si fuese una emboscada?—pensó.

A la luz de un farol examinó la carta. Tuvo que reconocer que aquella letra era de Rafael, aun cuando le parecía notar que algunos rasgos se diferenciaban de los del joven. En cuanto al papel, tampoco era el que acostumbra a emplear en la cárcel.

—¡Dios mío, inspírame!—sollozó.

Mientras esta duda cruel la tenía inmóvil, dos hombres permanecían ocultos en la esquina de otra calle próxima.

—Mucho tarda—dijo uno de ellos.

—A lo mejor se ha oído lo que hay.

—¿Qué hizo cuando le diste la carta?

—Figúrate. Se alarmó bastante.

—¿La leyó delante de ti?

—¿Qué cosas dices! ¡Allí me iba yo a esperar!

—Pues me parece que esta vez hemos errado el golpe.

—Lo sentiría. Una ocasión como esta no se nos volverá a presentar.

—La cosa no tendría tanta importancia si no existiera el peligro de que absolviesen mañana a ese hombre.

—¡Calla! ¡Me parece que viene!

Prestaron los dos atención, y pudieron percibir el ruido de unos pasos extraños.

—¿No ves un bulto que baja la pendiente?

—Sí. Es ella que vuelve.

—¿Qué hacemos, entonces?

—Salirle al encuentro e impedirle que llegue a su casa.

—¡Calmá, padre! ¿Y si no fuese ella?

—Tanto peor para quien sea. En el subterráneo hay sitio para muchos.

Era tan grande la obscuridad, que a pesar de ser corta la distancia, apenas se divisaba quién era la persona que caminaba delante.

—¿Qué hacemos?—preguntó uno de aquellos hombres.

—Yo creo que lo mejor sería bajar uno solo mientras que el otro queda aquí para ver lo que ocurre.

—Sí. No podemos exponernos a dar un golpe en vano.

—Espera entonces aquí, y si oyes la señal convenida baja en mi auxilio.

Y sin esperar la respuesta, el que acababa de hablar, echó a correr cuesta abajo en dirección a la humilde casa de Leonor.

* * *

Bajaba ésta la pendiente, dejándose deslizar por la tierra resbaladiza. Caía y volvía a levantarse precipitadamente, como si presintiese el gran peligro que la acechaba.

El ciego instinto de conservación do-

minaba cualquier otro sentimiento, y sólo una idea esclavizaba su voluntad y su inteligencia: llegar a casa. Al fin alcanzó la deseada puerta, y abriéndola con precipitación penetró en su morada.

¡Estaba salvada! Apenas la seguridad y el ambiente templado de la habitación hubieron confortado su cuerpo y serenado su espíritu, el recuerdo de Rafael volvió a atenazarla.

Un sentimiento de vergüenza coloreó su rostro, por haberse dejado vencer por

De repente, al doblar uno de los recodos se sintió fuertemente sujeta por los brazos, mientras una mano fuerte y fría le oprimía la boca a manera de mordaza.

Quiso gritar, defenderse, coger el arma que llevaba en el bolso; pero casi instantáneamente perdió el conocimiento.

Un pañuelo empapado de cloroformo la había hecho desvanecerse.

—¡Al fin!—comentó uno de los hombres.



el miedo. Sacó la carta, y a la luz de la lámpara volvió a examinarla.

—¡Es de él!—murmuró.

Ante aquella duda que desaparecía por completo el deseo de acudir junto a Rafael, volvió a sacudirla. Iría. Pero antes de decidirse a salir cogió la pistola que doña Dolores le había regalado.

Entonces salió, resuelta. Ya la lluvia había cesado, y el camino había de resultarle menos fatigoso. Lo tomó sin vacilar, sintiendo que aquella cuesta se le hacía interminable.

—No perdamos el tiempo—contestó el otro.

Los dos se perdieron en la oscuridad profunda del campo, llevando a su pobre víctima desvanecida.

Capítulo XLIX

LA SENTENCIA

La vista de la causa seguida contra Rafael Urbina había despertado la expectación de todo el pueblo segoviano.

Nada tiene de extraño, por tanto, el que desde varias horas antes de dar comienzo la vista ya estuviese la gente esperando turno para entrar.

Rafael se presentó ante sus jueces, sereno, como persona que está completamente segura de su inocencia.

Cuando tuvo permiso para hablar, relató los hechos tal y como habían sucedido. Al terminar su declaración dejó rodar su vista por la sala, esperando encontrar en ella a Leonor.

—¿Por qué no habrá venido?—se preguntó.

El fiscal se dirigió al acusado:

—¿Es cierto que la víspera del día de autos salió usted a dar un paseo por los alrededores de la ciudad?—preguntó.

—Sí.

—¿Con quién lo hizo?

—Con un extranjero.

—¿Escaló usted las tapias de una finca llamada de San Francisco?

—Sí, señor.

—¿Con qué objeto?

—Con el de ver el jardín, que había de recordarme toda mi niñez.

—¿Por qué no lo hizo de día?

—No podía, señor. El actual propietario de esa casa es enemigo personal mío.

El desfile de testigos ninguna luz pudo aportar.

Rafael Urbina se estremeció al oír llamar un nombre.

—Don Arturo Ródenas—había gritado el ujier.

Pálido y emocionado, apareció Paquito ante el tribunal.

—¿Cómo se llama?—le preguntó el fiscal.

—Arturo Ródenas y Alcaraz—contestó Paquito con decisión.

—¿Edad?

—Veintiún años.

—¿Conoce al acusado?

—Superficialmente. Me lo presentaron en el Casino y hemos hablado dos o tres veces.

—¿Sabe que el acusado le imputa a usted el hecho de haber introducido en su bolsillo un fajo de billetes falsos para perjudicarlo?

—Lo sé. Pero como comprenderá, no podía hacer caso de una tontería.

—¿Dónde estaba usted la noche de autos?

—En Cádiz.

Había terminado con esto el interrogatorio del fiscal y llególe su turno al defensor.

—¿Tiene usted alguna enemistad con el acusado?—le preguntó al testigo.

—No.

—¿Es cierto que los separaba sus pretensiones sobre una mujer?

El presidente tocó la campanilla.

—Considero impertinente la pregunta—dijo.

—Señor. Es de la única manera que puedo demostrarle al testigo que hay una contradicción en sus palabras.

Y como el presidente guardase silencio, repitió:

—Diga si es cierto que pretendió usted a esa señorita.

—No puedo negarlo—contestó Paquito.

—¿Es verdad también que ella lo rechazó, porque prefirió a mi defendido?

—No lo sé. Sólo puedo decir que no quiso aceptar mi mano.

—¿Sabe usted en qué funda mi defendido la acusación que hace en contra suya?

—Según he oído decir, creo que me acusa de usurpador de un nombre. Del suyo.

En la sala se dejó oír un murmullo prolongado.

—¿Recuerda usted a su padre?—siguió preguntando el defensor.

—No.

—¿Conserva algún retrato suyo?

—No. Tenía uno que ha desaparecido hace algún tiempo.

—¿Es verdad que mi defendido tiene un gran parecido con él?

La serenidad de que Paquito hacía gala sufrió un rudo golpe. A su despierta inteligencia no se le podía ocultar que el negar constituía un serio peligro, puesto que Leonor debía de tener otro retrato.

—Efectivamente; se parecen algo..., aun cuando no mucho.

—Con esa declaración me basta—indicó el abogado.

Apenas se hubo retirado Paquito, entró Fernando. A las primeras preguntas del defensor, contestó sonriente:

—Sí. Conozco la calumnia que ese desgraciado, en unión de Leonor Riaño, ha lanzado contra Arturo Ródenas y contra mí. Como es natural, he rechazado esa acusación; pero como de la calumnia

algo queda siempre, tengo que protestar de que haya espíritus crédulos o mal intencionados que le presten oídos, sin tener en cuenta que no ha podido aportar la menor prueba...

Se detuvo, para juzgar del efecto que había causado. Y como viera que se había operado en el público que llenaba el local una saludable reacción continuó, cínico:

—El acusado sostiene que Arturo Ródenas le ha usurpado el nombre, y que yo soy cómplice suyo. Todo el mundo me conoce aquí, y no creo que nadie pueda poner en duda lo intachable de mi conducta. Pero me interesa desvanecer para siempre lo que pueda haber quedado de esa acusación en el ambiente. Ese hombre es un falsario. A su llegada a Segovia se entera de la accidentada historia de Arturito, y decide explotarla en provecho propio. El que esto sea una verdad, lo demuestra el hecho de que el acusado no ha tratado de recobrar su nombre, hasta que ha llegado a esta ciudad... Yo, en esta cuestión, ni quito ni pongo. Sólo he de decir que si desea presentar la denuncia, lo haga de una vez.

Tras aquella rotunda exposición, el fiscal no creyó necesario seguir preguntando.

En el público, la desvergonzada declaración de Fernando, había causado un excelente efecto.

Con voz serena y reposada habló el defensor.

—Dígame el testigo. ¿Es cierto que en casa de don Armando tuvo un violento altercado con la nieta de éste y mi defendido?

—Me parece que mi ilustre compañero no emplea la palabra exacta—contestó el testigo, sonriendo—. Hubo entre nosotros discusión; pero nada más.

—Bien. Admitámoslo así. ¿Quiere decirme si en el curso de esa... discusión, mi defendido lo acusó, abiertamente, delante de don Armando, de usurpador?

—Desde luego.

—¿Y no le habló a usted para reforzar su acusación de ciertos detalles que tenían una relación directa con su niñez?

—No recuerdo ese detalle; pero pueda asegurar que no.

—¡Miente!—exclamó Rafael Urbina, sin poderse contener.

El presidente cortó enérgicamente el diálogo.

—El procesado—continuó el defensor—le habló a usted de cierto carrito que, siendo él niño, le había regalado. Ese juguete, que usted negó haber comprado, apareció el día de la llegada de doña Dolores, en un desván de aquella casa...

—Ya he dicho que no recuerdo ese detalle—contestó Fernando, con desvergüenza.

—Pido un careo entre el testigo y Leonor Riaño.

—Lo tendré en cuenta—contestó el presidente—. Esa señorita está también citada como testigo. Por consiguiente, ese careo puede celebrarse después de oírlo.

—Está bien. Responda el acusado. ¿Conoció y trató con intimidad a don Arturo Ródenas?

—Sí, señor. Eramos íntimos amigos.

—¿Se parece al acusado?

—Sí.

—¿De modo extraordinario?

—Desde luego, no.

—Está bien.

Terminada la declaración de Fernando, tocóle el turno a Leonor. Al gritar su nombre el ujier, se produjo en la sala una gran expectación.

Todas las miradas se concentraron en la puerta por donde la joven había de entrar. Como es lógico, Rafael era el que con más interés esperaba su aparición.

Esto era natural, puesto que de la declaración de su novia pendía su libertad. Una sensación de tristeza le invadió el alma, al ver que Leonor no se presentaba en la sala.

—¿Por qué no habrá venido?—se preguntó.

La confirmación de su desgracia la dió el ujier al declarar que la joven no había comparecido.

—¡Que se la busque!—ordenó el presidente.

—Ya se le ha buscado, señor. Y según dicen ha desaparecido de la población.

—En este caso—pidió el defensor—, solicito que se suspenda esta vista hasta que la testigo pueda comparecer.

—No ha lugar—denegó el presidente—. Se da por terminada la prueba testifical, y el señor fiscal tiene la palabra.

La exposición que éste hizo fué cruel, despiadada. Ni aun la ilustre personalidad del acusado fué motivo para que dulcificase sus alegatos.

Rafael Urbina oyó confusamente todo cuanto aquel hombre decía. Su pensamiento estaba muy lejos de lo que ocurría en la sala en aquellos instantes. Llena de sobresalto su alma, preguntábase qué podría haberle ocurrido a Leonor, para que lo abandonase en aquel trance angustioso.

De vez en cuando, las palabras del fiscal le hacían estremecerse de indignación; pero en seguida su mirada volvía a dirigirse hacia la puerta, con la esperanza de ver aparecer a la ausente.

A partir de entonces, ya no vió ni oyó nada. Un sudor frío cubrió su frente, y el temor de que a la joven pudiese haberle ocurrido algo, fué una certeza en su pensamiento.

Sólo cuando el jurado confirmó su culpabilidad, condenándole a ocho años de cárcel, rompió violentamente su abstracción.

—¡Miserables!—gritó—. Condenáis a un inocente, y, en cambio, los verdaderos criminales gozarán de una libertad inmerecida.

Nadie le hizo caso. La oración del fiscal había sido lo bastante despiadada para malquistarlo con el público que llenaba la sala.

Abatido y con un frío de muerte en el corazón, se dejó conducir por la Guardia civil a su calabozo.

Capítulo L

"EL RANA"

Al mismo tiempo que Rafael pensaba en su amada con desesperación, recobraba ésta el conocimiento, sobre un lecho duro y rodeada de tinieblas.

En el primer instante, no pudo darse cuenta de nada, e ignoraba por tanto el lugar adonde había sido llevada. A medida que fué recobrando su dominio, vió brillar un rayo de luz por el resquicio de una puerta.

Cuando quiso saltar del lecho, no pudo. Sentía entumecido y lleno de dolores su cuerpo. Poco a poco fué aclarándose su mente, hasta que de pronto re-

cuperò por completo el dominio de sus facultades mentales y volvió a vivir el momento del atraco de que había sido víctima.

Comenzó a gritar demandando auxilio, sin que nadie hiciese caso a sus angustiosas llamadas.

Reinaba allí un silencio sepulcral. Tan grande era, que la joven llegó a oír los latidos de su propio corazón.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!—sollozó—. ¡Sálvame! Yo he sido buena y no merezco el daño que intentan hacerme.

Lentamente, sus ojos se fueron acostumbrando a la obscuridad, y gracias al tenue rayo de luz que penetraba por la puerta, advirtió que se hallaba en una especie de cueva abovedada.

—¿Dónde estoy?—se preguntó—. ¿Cómo he venido o quién me ha traído aquí?

La idea de que pudiesen haber sido ellos llegó a infundirle tal espanto, que de nuevo perdió el conocimiento. Cuando abrió los ojos otra vez pudo observar que la puerta estaba abierta y que entraba por ella una intensa claridad.

Intentó incorporarse y se detuvo en seco al oír el ruido de una tosecita. Al mismo tiempo, oyó pasos, y la figura de un hombre horriblemente contrahecho se recortó en la claridad.

Leonor dió un grito de horror. Al oírlo aquel hombre dió luz a la cueva. Hasta entonces no había podido la joven darse una cuenta exacta del rostro monstruoso del aparecido. Parecía carcomido por la lepra a fuerza de estarlo por las viruelas. Una enorme cicatriz le cruzaba desde la frente a la boca, faltándole además la oreja izquierda.

—¿Se ha asustado, eh?—preguntó a Leonor el hombrecillo, mientras su semblante dibujaba una horrorosa sonrisa—. Lo siento, mocita. Aquí no ha de pasarle nada y debe no perder la tranquilidad.

—¿Quién es usted?—interrogó la joven—. ¿Adónde me han traído?

—Esto es un buen sitio. Se lo aseguro, Tranquilo y cómodo. En cuanto a lo de quién soy, tendrá usted que contentarse con que le diga que me llaman "el Rana"... Llevo aquí mucho tiempo, y supongo que la habrán traído a que me haga compañía.

—Pero..., ¿no ha sido usted quien me ha conducido aquí?

—No.

—¿Quién, entonces?

—Eso es igual, jovencita. Ahora, de lo que tiene usted que preocuparse, es de ponerse bien, pues me parece que tiene algo de fiebre... ¡Claro! ¿A quién se le ocurre lanzarse por esos campos en una noche como la de ayer?

—¿Qué tiempo llevo aquí?

—Diez o doce horas.

—Está bien. Déjeme salir de aquí. Le aseguro que no presentaré denuncia alguna por este secuestro—imploró Leonor—. ¡Libreme usted de esos hombres que quieren matarme! ¿Es usted también una víctima de ellos?

—No. Yo estoy aquí por mi propia voluntad, y podría marcharme cuando quisiera.

—¿Por qué no lo hace?

—Me siento a gusto aquí.

El sonido de un timbre hizo que aquel engendro desapareciese rápidamente, no sin haber cerrado antes la puerta.

Cuando la joven se vió sola, su desesperación no tuvo límites.

—¡He caído en una emboscada!—murmuró—. ¡Necia de mí que no quise comprenderlo! ¡Rafael! ¡Rafael! Nuestros enemigos han querido inutilizarme para que no pueda declarar en tu favor.

Realizó un supremo esfuerzo y logró incorporarse, con lo cual pudo ver cómo estaba preparada aquella cueva. Nada faltaba en ella de lo que constituía una alcoba. Además del lecho, había un lavabo, un espejo y hasta un pequeño armario donde guardar la ropa.

El esfuerzo hecho la rindió de nuevo, obligándola a caer sobre el lecho. Al hacerlo, sintió un vivo dolor de cabeza al chocar ésta con un cuerpo duro. Se llevó las manos a ella, y de su garganta se escapó un grito de alegría. Acababa de tocar la pistola de que la noche antes se había provisto en su casa.

—¡Oh!—exclamó—. Aun no estoy perdida. Yo obligaré a ese hombre, apenas pueda moverme, a que me abra esa puerta.

Si Leonor hubiese podido saber qué clase de hombre era "el Rana", sus esperanzas se habrían visto muy debilitadas. Este no era, ni más ni menos, que el discípulo predilecto de Juan Rivas en el difícil arte de la falsificación. El pa-

dre de Fernando conoció a éste cuando ambos estaban en el Ministerio. Hombre avezado al delito, le chocó la excelente caligrafía del contrahecho y la facilidad con que imitaba las firmas de los jefes y de los compañeros. Después de haberlo estudiado a fondo y de comprobar que la perversidad moral del joven era materia apta para emplearla en su favor, empezaron a correr juntos por la senda del delito. Del subterráneo hicieron un taller para la fabricación del papel moneda. A partir de entonces, "el Rana" tuvo varios encuentros con la justicia.



De éstos hubo uno en el cual tuvo que luchar con los encargados de perseguirle, causando la muerte del agente que le perseguía. Desde aquel momento, el contrahecho quedó refugiado en aquella cueva, sin que se atreviese a salir durante el día. Cuando necesitaba respirar un poco el aire libre, salía al jardín, pero siempre en las noches obscuras.

En el momento que vió entrar a Leonor en el subterráneo, conducida por

Juan y su mujer, en su mirada brilló un relámpago de lujuria.

—¿Qué es lo que me traéis aquí?— preguntó—. Si es para mí, ya puede irse el mundo a paseo.

—¡Calla, bruto!—contestó Juan—. Tú tienes que respetarla.

—No me hace mucha gracia.

—Pues aunque sea así, tendrás que conformarte.

—¿Piensan tenerla aquí mucho tiempo?

—No lo sé. Eso depende de mi hijo, que es quien la ha traído aquí.

—¿Con qué fin?

—No lo sé, y bueno será que recuerdes cuando ella te pregunte, que no nos conoces en absoluto.

—No lo olvidaré.

—En cuanto a lo demás, como supongo que te habrás dado cuenta de que esta muchacha nos interesa, espero que no le darás motivo de queja.

—Lo procuraré. Pero si es que pensáis suprimirla, ya podíais cedérmela antes por un poco de tiempo.

—¡Por mí!... Aquí estará para rato. Y he de advertirte que la niña es de cuidado.

La depositaron en el lecho como un fardo. Al quedar solo, "el Rana" clavó en ella su mirada, mientras una sonrisa diabólica asomaba a su rostro.

—¿Qué hermosa es!—pensó.

Odiaba a la mujer; pero toda la lujuria amontonada en aquel cuerpo por muchos años de privación se revolvía ahora furiosa, crispando sus facciones de monstruo.

Capítulo LI

NUEVOS PLANES

Mientras tanto, Fernando, su padre y Paquito, reunidos en casa de este último, comían una cena opípara para celebrar el triunfo que habían obtenido en la Audiencia.

El que más muestras daba de contento era Juan Rivas.

—Ya podemos asegurar—dijo—que el peligro ha desaparecido.

—Yo no diré tanto—aseguró Fernando—. Pero, desde luego, lo principal, que era la detención, les ha fracasado. Nadie les ha hecho caso.

En el rostro de Paquito se dibujó un mohín de duda.

—No conviene alegrarse demasiado pronto—exclamó—. La acusación se ha hecho en público, y no tendría nada de particular que alguien la recogiera y que llegara algún día a descubrirse.

—¿De qué manera?—preguntó Juan—. Rafael Urbina ya no puede insistir en ella.

—¿Que no? Si él presentase la denuncia en regla, los tribunales no tendrían más remedio que admitirla.

—¿Crees que la presentará?

—Sí. Eso aparte de que su abogado defensor ha dicho cosas que no tienen réplica. Con otro tribunal, hubiésemos estado perdidos.

—Lo mismo que si hubiera declarado Leonor—repuso Juan.

—Desde luego—asintió Fernando.

—¿No han encontrado ustedes muy extraña esa ausencia?—preguntó Paquito—. A mí me ha preocupado.

—¿La quieres todavía?

—Sí. Pero la odio también. Daría media vida porque fuese mía y la otra media por poder vengarme de ella.

—Pues ahora tienes la gran ocasión—exclamó Juan, riendo estrepitosamente.

—¿Por qué?

—Está en nuestro poder.

Simultáneamente, y como sacudidos por una corriente eléctrica, Paquito y Fernando se pusieron en pie.

—¿En nuestro poder?—preguntó, extrañado, este último.

—Sí. La tengo encerrada en el taller.

En las pupilas de Paquito asomó un rayo de ira.

—Eso, no—gritó—. No lo consentiré.

Violentamente emprendió el camino hacia la puerta, y hubiera salido a no haberse interpuesto Fernando, que lo llevó de nuevo hasta su asiento. Hecho esto, miró a su padre con severidad.

—Has vuelto a hacer una de las tuyas—le dijo—. A estas horas, toda la policía de Segovia estará buscándola.

—Desafío a que la encuentren.

—Pero es que se sospechará de nosotros—interrumpió Paquito.

—¡Bah!

—Lleva razón, padre. Son muchas ya las casualidades... Primero, la desaparición de la tía; ahora, la del testigo más importante.

—¿Y qué otra cosa iba a hacer? Su declaración era, para nosotros, comprometidísima. A grandes males, grandes remedios. Si aquella señora no se hubiera pegado un tiro, estaríamos ya hace tiempo en la cárcel; si hoy va esa muchacha a declarar, lo hubiese echado todo a perder. ¡Sois cobardes! El triunfo me lo debéis a mí, por entero.

—¿Y si se descubre?

—Si ese caso llega, no será porque no hayamos puesto los medios para evitarlo. Cuando uno se mete en empresas de esa naturaleza, los escrúpulos hay que dejarlos a un lado.

—Todo eso está bien. Mas dínos qué podremos hacer para defendernos cuando se descubra todo esto.

—No creo que llegue a ocurrir. Aunque registraran la casa de arriba a abajo, nada encontrarían. Además, para nuestra tranquilidad, Leonor debe de desaparecer.

—¡Padre!

—No creo otra solución. Si la pusiésemos en libertad, iría a delatarnos al instante.

—Pero, ¿ella sabe que hemos sido nosotros?

—No lo sé, aunque será lo más fácil que ya lo haya sospechado.

—¿Y si le hiciéramos creer que no hemos intervenido para nada en este asunto?

—La muchacha no es tonta... ¿Quién podía tener interés en ello?

Paquito había oído todo aquello sin pestañear. Esperaba que Fernando se impusiese a su padre; pero al verlo vacilar ya no fué dueño de contenerse.

—Eso no será—exclamó—. Desde ahora me opongo a que se cometa un nuevo delito. Antes prefiero ir a delatarlo todo, aunque después hubiera de levantarme los sesos de un tiro.

—¿Qué imbécil es la juventud!—comentó Juan mientras sonreía irónicamente—. Antes decías que querías que fuese tuya y también vengarte de ella.

—Sí.

—Pues ahí la tienes.

—¿Cómo te has apoderado de ella?—preguntóle Fernando a su padre.

El semblante de Juan Rivas se contrajo terriblemente.

—¡Basta ya de farsa!—exclamó—. ¿A qué vienen ahora esos aspavientos? De-

masiado lo sabías tú, y no es cosa de que ahora te vengas haciendo de nuevas para aparentar ante Arturito que eres una excelente persona.

Le dirigió el joven una mirada en la que había raudales de odio.

—Bien; sí. Convengo en que lo sabía; pero mi intención no fué nunca deshacerme de ella. Lo único que he querido, es que no pudiera asistir a la vista, puesto que para anularla yo tengo otro medio.

—¿Cuál?

—Lo primero que conviene es que "el Rana" se atribuya el secuestro.

—¿Para qué? ¿Qué objeto podía tener él?

—Uno muy natural. Tener a su lado una mujer... Desde luego, a nosotros no debe conocernos.

—Con eso no basta.

—Ten paciencia. Ya os explicaré un plan magnífico que se me ha ocurrido. Antes de una semana creará Leonor que su novio es un impostor, y Arturito podrá aspirar a casarse con e"

Capítulo LII

LA EVASION

Para el delincuente, que tras largo tiempo de cautiverio, ha tenido lugar de hacerse a la idea de que ha de salir condenado, el fallo de los jueces no llega a causarle impresión. Pero el que se ve condenado, sin haber cometido delito alguno, no puede dejar de sentir una gran desesperación. No es sólo la privación de la libertad. Es también la vergüenza de verse repudiado socialmente, cuando se tiene como un bien preciado la honradez.

Rafael Urbina, que era extremado en esto, que ostentaba su nombre como una gloria, se veía condenado a presidio como un criminal.

¡Todo había muerto para él! Honor, ambición, gloria, amor. En adelante, cuando volviese al seno de la sociedad, se apartarían de él con desprecio.

Hubo momentos en que la muerte le pareció el único remedio. Pero al pensar en sus enemigos, el ansia de vivir volvía fuertemente, para en un día más

o menos lejano, pedirles estrechas cuentas.

Al volver de nuevo a la celda, se dejó caer sobre el lecho, abatido y descorazonado.

Poco después, el director acudía a visitarle.

—Ya me he enterado, amigo mío—dijo el buen hombre—. Apele usted, créame. Aun no se ha perdido toda la esperanza.

—Será igual. ¿Cree usted que no tenían un interés decidido en perjudicarme? Hasta el público, señor director, me era hostil. ¿Por qué? ¿A quién le he hecho yo daño aquí para que se me quiera tan mal?

—No se desespere, Rafael. Confíe usted en su abogado. Lo que tiene que hacer es obrar pronto, no vaya a ser que se lo lleven.

—Lleva razón. Aquí no me permitirán cumplir la condena.

—No. Pero yo le aseguro, Urbina, que le pondré a usted en libertad mucho antes de que lo trasladen.

—¿En libertad?—preguntó Rafael, sorprendido.

—Sí.

—¿Cómo?

—Facilitándole la fuga—contestó el director, con firmeza.

—No; eso, no... Yo no puedo aceptarlo.

—¿Por qué?

—¿Y usted?

—¿Yo? Vamos a hablar como hombres francos y de corazón, amigo Urbina. Puede estar seguro de que si no tuviese el convencimiento de su inocencia, no faltaría por nada a mi deber.

—Aunque así sea. Su deber es lo primero.

—Según. Hay dos deberes, amigo mío: el que se contrae con los hombres y el que se tiene con Dios. Para mí ha llegado el momento de pensar sólo en este último.

—No lo comprendo, señor director. Por encima de todo eso está la ley, que lo condenaría.

—No me preocupa eso. Ni los hombres ni la ley pueden hacer ya nada contra mí. Antes de cuarenta y ocho horas me habré suicidado.

—¿Usted?

—Sí; yo. Y será inútil, amigo Rafael, que intente disuadirme. Es una resolución que he tomado y nadie podrá im-

pedirlo. Sólo por salvarle a usted no lo he hecho ya.

—Pero, ¿a qué obedece eso?

—¿Qué quiere usted! No puedo vivir sin mi hija; la vida es una carga insostenible para mí.

—Aunque así sea. Ese dolor, tan lógico en usted, irá cediendo. En la vida, señor director, no hay nada que dure eternamente—contestó Rafael, conmovido.

—Lo sé; pero no quiero vivir. Es una decisión irrevocable que he tomado y nadie tiene derecho a intentar desviarme de ella... Esta tarde hablaré con su defensor.

—¿Para qué?

—Necesito que él me diga si cabe alguna esperanza. De no ser así, esta noche o mañana saldrá usted disfrazado por la puerta de mi casa.

—¿Y si se enteran?

—Es igual. Durante dos o tres días, yo podré ocultar su fuga, con lo cual le doy tiempo para que se ponga en salvo.

—¿Y después?

—No se preocupe por mí. Pasado ese tiempo, ya nada me quedará que hacer en este mundo.

—No puedo aceptar—contestó el joven, con vehemencia—. Sería para mí un remordimiento eterno.

—En ese caso, no hablemos más—repuso el director, con firmeza—. Lo que había de hacer dentro de tres días lo haré hoy mismo.

—No; no. Gritaré. Se lo diré a todos para que no le dejen solo un momento.

—Será inútil. Aprovecharé el menor descuido para llevar a cabo mi resolución. Así es, que dígame: ¿Acepta o no?

—Sí. Así, por lo menos, retraso su muerte.

Aquella misma tarde habló el director de la cárcel con el abogado de Rafael. El resultado de aquella entrevista fué adquirir la convicción de que la injusticia cometida con el joven no tenía remedio.

—La denuncia puede hacerse—afirmó el abogado—. Pero antes de decidirse a ello, es necesario encontrar pruebas irrefutables para sostenerla, pues de otro modo empeoraríamos la cuestión.

—¿Qué sabes de Leonor?—preguntó Rafael.

(Continuará.)

Magnífica colección de 40 cuadernos, que constituyen otros tantos episodios de las extraordinarias aventuras de un grupo de exploradores franceses que dan la vuelta al mundo en reñida competencia con otro grupo de exploradores ingleses. " "

El As de los Boy-Scouts

Por Jean de la Hire

He aquí los sugestivos títulos de los episodios.

1. El correo aéreo.—2. El auto sitiado.—3. El deporte diabólico.—4. La clave del misterio.—5. La reina de los «tuareg».—6. Las fieras del lago Chad.—7. Los últimos antropófagos.—8. Un radiograma extraño.—9. El drama etiópico.—10. Regatas interesantes.—11. El misterio del Titán.—12. La aventura india.—13. El rubí viviente.—14. Los piratas chinos.—15. El tesoro de los mogoles.—16. La lucha por la vida.—17. El terrible Ojo de Lince.—18. En el país de los osos.—19. La ciudad misteriosa.

20. El navío maldito.—21. Los robinsones polares.—22. Los rivales de Amundsen.—23. El abrazo polar.—24. En el fondo del mar.—25. El duelo supremo.—26. La inmensa tragedia.—27. La venganza de los thugs.—28. La banda de los proscritos.—29. El saco maldito.—30. La choza aérea.—31. Hermoso desquite.—32. La corriente interoceánica.—33. El ataque de los patagones.—34. Los cautivos.—35. El fantasma y el solitario.—36. Los delfines del Orinoco.—37. Los revolucionarios mejicanos.—38. Las caperuzas grises.—39. La reanudación de un «match».—40. Bajo el Arco del Triunfo.

LECTURA INSTRUCTIVA Y AMENA PARA LA JUVENTUD. " " " "

Por episodios sueltos: 30 céntimos ejemplar. —:— Colección, 10 pesetas

Pedidos a Editorial Guerri, colectivizada. — Valencia